

C r ó n i c a

PREMIOS "MARCOS ORREGO PUELMA", "ISMAEL VALDES VALDES", "ROBERTO OVALLE AGUIRRE" Y "DESIDERIO GARCIA"

El miércoles 5 de octubre se efectuó la ceremonia de entrega de los premios anuales de las fundaciones "Marcos Orrego Puelma", "Ismael Valdés Valdés" y "Roberto Ovalle Aguirre" en el Salón de Actos del Instituto. En esta oportunidad, también la Compañía de Acero del Pacífico otorgó su premio "Desiderio García".

Recibieron el premio "Marcos Orrego Puelma" los señores Fernando Bobenrieth Astete, ingeniero egresado de la Universidad de Chile; Mario Hiriart Pulido, ingeniero egresado de la Universidad Católica; y Raúl Quezada Pino, técnico egresado de la Escuela de Artes y Oficios de la Universidad Técnica del Estado.

El premio "Ismael Valdés Valdés" lo recibieron los señores Pablo Jaramillo Barriga, ingeniero egresado de la Universidad de Chile y Víctor Wiederhold Bühler, ingeniero egresado de la Universidad Católica.

La distinción "Roberto Ovalle Aguirre", la recibieron los señores Günter Joseph Baumann, ingeniero egresado de la Universidad de Chile y Víctor Wiederhold, ingeniero egresado de la Universidad Católica.

El premio "Desiderio García" lo recibieron los señores Ricardo Hinrichs Olivares, ingeniero egresado de la Universidad de Chile y Hugo Espinosa Daroch, ingeniero egresado de la Universidad de Concepción.

Ofreció el acto, al que asistió un numeroso público compuesto por parientes de los agraciados, autoridades educacionales, ingenieros y socios de esta entidad, el Presidente del Instituto de Ingenieros de Chile, don Domingo Tagle de la Barra.

A continuación hicieron uso de la palabra, manifestando su reconocimiento, los agraciados con estas distinciones.

Posteriormente, don Walter Müller, hizo entrega del premio "Desiderio García", en representación de la Compañía de Acero del Pacífico.

Discurso de don Domingo Tagle

El Instituto de Ingenieros de Chile os ha invitado a esta reunión para hacer la entrega anual de los premios que distribuye, en cumplimiento a diversas funciones que le están encomendadas.

Reciben premios del Instituto jóvenes que el año pasado obtuvieron su título profesional, con el mayor éxito; ellos supieron aprovechar su talento uniéndolo al estudio, al esfuerzo, al trabajo, a la buena voluntad hacia sus compañeros, hacia sus profesores, hacia su Escuela.

Los premios que ahora reciben son el reconocimiento de sus méritos, de parte

de profesionales ya formados, son también un estímulo para seguir adelante. Junto con aplaudirlos y felicitarlos formulamos nuestros mejores deseos para que el éxito obtenido en la labor estudiantil, se repita, se aumente, en la vida profesional.

En Chile necesitamos muchos más Ingenieros que los que tenemos; dondequiera que dirijamos la vista, dentro del enorme campo de nuestra acción profesional, encontramos sitios vacíos, no es por lo tanto un problema para los nuevos Ingenieros el encontrar su lugar. Quiere el Instituto aprovechar esta oportunidad para decirles que nuestra profesión tiene fundamentalmente un fin social; somos los Ingenieros una fuerza que combate contra la pobreza del país; ganamos una batalla cada vez que creamos más producción, que creamos más riqueza, mejores condiciones de vida para los chilenos.

Se equivoca el Ingeniero que pretende utilizar la profesión sólo en beneficio propio, sólo en formarse una situación personal; la Patria, por intermedio de sus escuelas universitarias nos ha dado una preparación, nos ha dado una fortuna, y nosotros hemos contraído una deuda que debemos cancelar empleando nuestra capacidad productora en beneficio de la colectividad. Es necesario que el Ingeniero no se aísle, que, por el contrario, mantenga contacto con sus colegas, que pertenezca en forma activa a las instituciones profesionales, que reconozca aquí, en este viejo Instituto, su cuartel general.

Los más antiguos premios que el Instituto otorga corresponden a la Fundación Marcos Orrego Puelma, creada por los familiares y amigos de este distinguido Ingeniero; ella tiene por objeto destacar el mérito de los Ingenieros recibidos el año anterior, tanto en vista de sus calificaciones como de sus condiciones de compañerismo; el Directorio los discierne teniendo en vista las notas obtenidas y la opinión de los alumnos.

En condiciones semejantes deben distribuirse los premios que nuestro distinguido colega, don Ismael Valdés Valdés, encomendó al Instituto en su testamento.

La Fundación Roberto Ovalle Aguirre está destinada a premiar a aquellos Ingenieros que dirigen sus pasos en el sentido de aumentar la producción industrial de nuestra patria; es decir que siguen los pasos de este distinguido Ingeniero.

En esta ocasión contamos también con el concurso de la Cía. de Acero del Pacífico, que ha instituído los premios Desiderio García Ahumada, destinados a orientar a los nuevos Ingenieros hacia los problemas de nuestra industria siderúrgica, proponiéndoles como ejemplo al Ingeniero que fue su primer impulsador.

*Discurso de don Eduardo Bobenrieth en nombre de su hijo
Fernando Bobenrieth*

Señor Presidente del Instituto de Ingenieros, señoras y señores:

Se me ha concedido el alto honor de ser intérprete en estos instantes de la gratitud de mi hijo, por la distinción que le ha conferido el Instituto de Ingenieros de Chile al otorgarle el premio "Marcos Orrego Puelma".

Esta labor se me hace muy difícil, por la emoción inmensa que embarga mi espíritu y detiene las palabras en mi boca, deseosa de expresión de mil pensamientos y sentimientos.

Quiso la buena suerte que recién egresado de la Universidad de Chile,

ingresara a la Endesa, empresa que hace honor al País, donde hoy hombres nobles, caballeros y grandes profesionales, los cuales lo enviaron a Europa a perfeccionar sus estudios y conocimientos, pues actualmente se encuentra en Inglaterra.

El anhelo principal de un padre, es ver a su hijo ser útil a sus semejantes, en este caso, ¿qué más puede pedir un padre que su hijo sea reconocido como eficiente por la entidad máxima de la Ingeniería de Chile, como lo es el Instituto de Ingenieros?; por lo tanto esto me llena de intensa emoción, pues no pasó nunca por mi mente ver lo que en estos instantes acontece; esto se debe en primer lugar a la caballerosidad y benevolencia del Directorio del Instituto de Ingenieros de Chile. Por otra parte estoy seguro que este premio no caerá al vacío y será correspondido como merece a la finalidad con que fue concebido.

Van así contenidas en estas mal hilvanadas palabras la gratitud de un padre y de una familia, hacia la Providencia Divina por su constante protección sobre él, la gratitud hacia mi esposa compañera fiel en su formación, hacia sus nobles profesores y maestros que supieron guiarlo en sus primeros pasos de su formación moral, espiritual y material, gratitud inmensa hacia el Instituto de Ingenieros de Chile, que con este premio estoy seguro reforzará aún más las energías para cumplir sus ideales en el cumplimiento de sus deberes como ciudadano, como hombre y como profesional al servicio del progreso de la Ingeniería y por lo tanto del progreso de todos los hombres.

Por él pues y por mí os doy las más expresivas gracias.

Discurso de don Mario Hiriart

Señor Presidente del Instituto de Ingenieros, señoras y señores:

Hay un sentimiento —más que sentimiento, virtud— que une a los hombres por sobre cualesquiera distancias y tiempos: él es el de gratitud. Tal sentimiento vengo ahora a expresar, antes que a recibir una distinción que sé que no he merecido por mí mismo.

Quiero agradecer, desde luego, al Instituto de Ingenieros de Chile, que me ha concedido el Premio “Marcos Orrego Puelma”: aprecio en lo que vale tal galardón, y por tanto me siento profundamente obligado en mi futura acción profesional hacia la Institución que con él me honra. Pero, más que un reconocimiento a cualidades personales, que siempre son discutibles, creo que él debe serlo para la labor formativa de nuestra Universidad Católica; muchas veces, estando aún en ella, solíamos hacerle críticas con esa vehemencia propia de nuestros pocos años y de nuestro idealismo juvenil, y, aunque en ocasiones tuviéramos algo de razón, éramos injustos para con ella: hoy día puedo contemplarla con una perspectiva más amplia, y por ello me siento obligado a agradecer de todo corazón a cada uno de nuestros profesores, a cada uno de mis compañeros y a los verdaderos amigos que en ella encontré, en fin, a todos aquéllos que la forman y que, de un modo u otro, contribuyen a que, al pasar de los años, el muchacho lleno de ilusiones se transforme en un profesional vibrante de ideales. Hago extensivo este reconocimiento por mi instrucción profesional a quienes fueran mis profesores en los ya lejanos años de educación escolar, que siempre recuerdo con cariño y un poco de nostalgia.

No puedo, tampoco, silenciar mi profundo agradecimiento hacia mis padres, ni tengo palabras con qué expresarlo. Todos cuantos nos hemos formado en un hogar de profunda nobleza espiritual, donde el padre ha impuesto el sello de una severa rectitud y la madre el del más comprensivo amor, sabemos valorizarlo, y entendemos que todo lo bueno que hagamos no sería posible sin la educación en él recibida. A ellos, pues, antes que a ningún otro hombre, les digo: ¡Gracias!

Pero, la gratitud verdadera alcanza más allá de las personas humanas. Desde lo más profundo de mi alma agradezco a Aquel que me concedió esos padres y les guió en mi educación, les dio los medios materiales y aconsejó su entendimiento para orientarme hacia el Colegio y la Universidad donde recibí enseñanza humanística y profesional. A El, que me ha dado éste y todos los días de mi vida, los más felices y también los amargos, al Padre que vela en todo instante hasta por la más pequeña de sus creaturas, no me basta con decirle "gracias", porque no es posible a la lengua limitada del hombre encontrar palabras para expresar una gratitud infinita.

Señor Presidente: Sé que la distinción de que se me hace objeto crea también para mí mayores obligaciones. Un agradecimiento sincero se mide por la actitud que engendra y las obras que fecunda: espero corresponder al honor que hoy se me hace luchando por ser cada vez un mejor profesional y un miembro más útil de nuestra sociedad, devolviendo a mis padres, a mi Colegio y a mi Universidad lo que de ellos he recibido, en cuanto me sea posible. Anhele, por sobre todo, agradecer a Dios todo lo que a mí y a cada uno de nosotros gratuitamente ha dado, sirviéndole, en la medida en que mis débiles fuerzas humanas lo permitan y con la ayuda de sus gracias, a El antes que a nadie, en todo momento y en cualquier lugar adonde su Voluntad pueda enviarme.

Muchas gracias.

Discurso de don Raúl Quezada

Señor Presidente del Instituto de Ingenieros de Chile, señoras y señores:

Tengo el honor de dirigirme a Uds. en los momentos en que experimento una de las mayores satisfacciones espirituales de mi vida.

Agradezco al Instituto de Ingenieros de Chile la distinción de que me ha hecho objeto. Vaya en mi gratitud el más sincero homenaje al que fuera tan destacado Ingeniero don Marcos Orrego Puelma, cuya memoria está perpetuada en el premio que esta tarde he recibido.

Señores del Instituto de Ingenieros, este galardón con que me habéis honrado constituye uno de los más poderosos refuerzos aplicado sobre las bases mismas en que descansa el reticulado que forma la estructura moral y espiritual de un profesional; es por eso que, en mi concepto, el valor que éste tiene para quien lo recibe supera ampliamente a toda ventaja material imaginable.

Me impongo el grato deber de declarar que en culto a la justicia comparto el honor recibido con todos aquéllos que trabajando anónima y desinteresadamente han colaborado conmigo haciendo posible la realización de mis ideales. A mi madre, que en su profunda abnegación supo sobreponerse a toda circunstancia que amenazara mi futuro, a mi querida Escuela de Artes y Oficios, esa fuente inagotable que por espacio de más de un siglo ha estado derramando sobre

Chile y América la savia magnífica del saber, a los que fueron mis profesores, amigos y compañeros, a todos ellos les dedico cariñosamente la parte de este honor que se merecen.

Para terminar, deseo expresar que anhelo fervorosamente continuar luchando por mi superación científica, técnica y cultural como un medio de retribuir la deuda que he contraído con Dios, con la Patria y con mi Escuela.

Muchas gracias.

Discurso de don Pablo Jaramillo

Señor Presidente del Instituto de Ingenieros, señoras y señores:

Las grandes alegrías son expansivas, tienden a comunicarse y cuando el que las experimenta tiene una facultad de expresión limitada, ebulLEN en el interior y salen a borbotones. Que esto sirva de excusa a los defectos e incorrecciones de mis palabras.

Hablo de una alegría grande. ¿No es un poco desproporcionado sentirla ante la entrega de premios a algunos ingenieros? Yo afirmo que no.

No estamos solamente en una reunión algo social y otro poco profesional. Al mismo tiempo de rendir un homenaje a los ingenieros antiguos, aquéllos que los conocieron y asumen ahora su papel, nos transmiten la tradición de la Ingeniería. Y esto sucede en el lugar que debe ser por excelencia el nexo de la tradición. El Instituto de Ingenieros.

No es tampoco éste sólo un premio a un ingeniero. Su alcance va más allá. Es un premio a aquéllos que lo han formado, que lo han ayudado, que lo han dirigido.

Por eso, en nombre de mi familia y en mi nombre, agradezco al Instituto de Ingenieros en primer lugar. Agradezco este premio también a mis profesores del Liceo Alemán y de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. Agradezco por último su ejemplo a todos aquellos amigos enamorados de su carrera, cuyas obras por este motivo están destinadas a perdurar.

Muchas gracias.

Discurso de don Victor Wiederhold

Señor Presidente del Instituto de Ingenieros, señores Directores, señoras y señores:

Otro año de labores universitarias transcurridas ha enfrentado una vez más el Instituto de Ingenieros con la elección y distribución de premios a los egresados de nuestras Universidades que se han destacado en sus estudios profesionales.

Al agradecer las honorísimas distinciones de que acabo de ser objeto, no pretenderé referirme a la personalidad de los señores Ismael Valdés Valdés o Roberto Ovalle Aguirre, pues ella es ampliamente conocida a través de sus actuaciones públicas y privadas en beneficio del país, las que constituyen un ejemplo para todos los profesionales que les sucedemos en el ejercicio de la Ingeniería. Sus méritos les han hecho acreedores a que se perpetúe su memoria, realzando con sus nombres el significado de estos valiosos premios que, al ser distribuídos año a año en forma tradicional, nos permiten rendirles el homenaje que en justicia se merecen.

Prefiero aprovechar esta magnífica oportunidad para hacer un alcance a la trascendencia de estas recompensas, por lo que analizaré brevemente la trayectoria de los alumnos distinguidos, desde los albores mismos de su vida colegial.

Cuando aún no comprendemos el sentido ni la importancia de la superación intelectual, recién comenzado el estudio de las primeras letras, ya nos familiarizan con los llamados premios, destinados invariablemente a resaltar las mayores aptitudes o el espíritu de trabajo de los agraciados, premios que cobran más y más importancia a medida que avanzamos nuestros estudios.

Así llegamos a las Universidades donde, en medio del constante afán por alcanzar el tan codiciado título profesional, participando de esta parquedad universitaria, ni siquiera extrañamos las ceremonias anuales de nuestros colegios.

Pero he aquí que, una vez egresados y cumplida sólo la primera gran etapa de nuestra misión, recibimos los mayores premios de nuestra vida estudiantil que, a estas alturas, integrando ya el sector activo de nuestra sociedad nos impulsan a preguntarnos: ¿qué es lo que se premia, en el sentido estricto de la palabra, con estas distinciones? Y la respuesta es una sola: la capacidad personal puesta, hasta ahora, a nuestro propio servicio.

Egoísta es, por lo tanto, la conclusión a que se llega cuando no se ve claramente que estos premios son más que nada los poderosos estímulos que nos inducen a ejercer nuestra profesión, con esa misma capacidad, en provecho de los demás.

De ahí que no creo equivocarme si afirmo que me considero intérprete de las intenciones que animaron a los creadores de estas distinciones al decir que la finalidad de ellas es otorgarnos públicamente estos incentivos que nos comprometen ante tan selecta concurrencia a entregar a la sociedad, por medio de nuestros servicios profesionales, todo lo que de grande y honroso encierran para nosotros estos magníficos premios, los que sinceramente, no nos pertenecen completamente.

Un deber de conciencia me obliga a recordar en esta solemne reunión a aquellos anónimos colaboradores que contribuyeron eficazmente a formarnos: nuestros maestros. Veo con agrado a algunos de ellos aquí presentes, satisfechos y risueños porque saben que este triunfo también les pertenece. Por su intermedio deseo hacer llegar la expresión de mi reconocimiento y gratitud a todos los que se han impuesto la noble y desinteresada misión de enseñarnos, digna de ser imitada por quienes estamos en condiciones de ayudar a los jóvenes que nos siguen.

Y juntos, profesores y alumnos, saludamos reverentes lo que algunos han llamado nuestro segundo hogar; esos baluartes de libertad, justicia y trabajo que son nuestras Universidades, cuyas consignas tradicionales se han grabado con caracteres indelebles en lo más profundo de nuestro ser y nos indican con meridiana claridad el camino a seguir.

Actuando siempre compenetrados de las enseñanzas de nuestros maestros y del espíritu de la Universidad, sin apartarnos jamás de su característica de intachable honradez, entonces y sólo entonces cuando, en el futuro, el peso de los años haya menguado efectivamente nuestra capacidad de trabajo oiremos decir al final de nuestra ruta profesional, ya en el ocaso de nuestra existencia, que nos hemos hecho acreedores a la mayor de todas las recompensas a que se puede aspirar en

la vida, por todos ambicionada, desgraciadamente por pocos alcanzada, sin avalúo material, pero de infinita grandeza espiritual y moral porque se logra únicamente como fruto de una existencia entera puesta al servicio de nuestros semejantes: la satisfacción plena del deber cumplido.

Nada más y muchas gracias.

Discurso de la Sra. de Joseph en representación de su Günter Joseph:

Señor Presidente, señoras, señores:

En nombre de mi hijo Günter Joseph Baumann les expreso a Uds. mis profundos agradecimientos por el honor que le han dispensado en conferirle el Premio Roberto Ovalle Aguirre.

Hace cuatro años en este mismo lugar y en la misma oportunidad recibí Günter de manos de la esposa del Sr. Ovalle este valioso estímulo en nombre de su hermano mayor Werner, que se encontraba entonces en los Estados Unidos, gozando de una beca que le había sido otorgada. La señora de don Roberto Ovalle gentilmente deseo a Günter que en su tiempo recibiera él este mismo premio. Este deseo se cumple hoy —y hoy está él ausente—; en estos momentos viaja a Alemania en uso de una beca de la donación Alexander v. Humboldt para perfeccionarse en la profesión que abrazó con todo su alma.

Sé que sentirá mucho no poder hoy día expresarles a Uds. personalmente sus sentimientos, y sé también que este premio será para él un estímulo más para seguir siempre adelante en sus estudios profesionales y anhelos de perfeccionamiento en honor de la profesión. Gracias.

Discurso de don Walter Müller

Señor Presidente, señoras y señores:

La Compañía de Acero del Pacífico me ha concedido la misión muy honrosa de hacer entrega de los premios que ella ha instituido para egresados de las Escuelas de Ingeniería del país, que hayan presentado memorias sobresalientes, proyectos finales, tesis, o hayan hecho trabajos de experimentación para recibir sus títulos de Ingenieros y que versen sobre aspectos de la producción del fierro y acero, aprovechamiento de estos materiales o de los subproductos obtenidos en su manufactura, aspectos económicos de la industria siderúrgica y sus industrias derivadas, o sobre la influencia de la producción del hierro y el acero en la economía y desarrollo del país.

Con un espíritu de muy merecida justicia y para rendirle un homenaje póstumo de carácter permanente al que fuera su primer gerente, la Compañía de Acero del Pacífico designó estos premios con el nombre de Desiderio García. No pretendo en esta oportunidad hacer una descripción de lo que fue la vida profesional brillante del ingeniero Desiderio García, ni las cualidades de rectitud, inteligencia y dedicación al trabajo del distinguido colega tan prematuramente fallecido. Me bastará mencionar las tres actividades más importantes que desarrolló en su relativamente corta carrera profesional, para destacarlo como uno de los hombres de más mérito en nuestra profesión. Fue el alma y organizador de la Subsecretaría de Comercio, buscando a través de tratados de comercio formas y medios para alentar a los productores nacionales a realizar exportaciones. Su

conocimiento de la vida económica nacional lo hizo comprender la necesidad absoluta que tenía el país de diversificar su producción y esta idea tan fecunda que maduró en un cerebro privilegiado como el de Desiderio García, fue el paso inicial para la creación de la Corporación de Fomento de la Producción, la que reconociendo estos antecedentes y sus méritos, lo hizo su primer Gerente. El tercer puesto de gran envergadura de Gerente de la Compañía de Acero del Pacífico, no fue sino nuevamente el reconocimiento al talento y capacidad realizadora del Ingeniero que intervino desde sus comienzos en la gestación y estudios previos de esta industria, su planificación definitiva de su realización práctica y de su puesta en marcha. Todo lo anterior lo hizo con inteligencia, imaginación de creador, unido a una modestia ejemplar, virtudes que deseo señalar especialmente a los acreedores al premio que hoy se reparte.

Me corresponde también agradecer en esta circunstancia el gesto de la Compañía de Acero del Pacífico, que al destacar los méritos de su primer Gerente ha hecho a través de la institución de estos premios una obra que la enaltece y que tiene el mérito de poner en contacto a los jóvenes ingenieros con creaciones como la industria del acero y sus problemas propios que tan decidida importancia tienen en el desarrollo económico nacional.

El que habla no puede dejar de decir, además, algunas palabras sobre mis recordados colegas y amigos, Marcos Orrego Puelma y Roberto Ovalle Aguirre; lo hago por la coincidencia de que estos dos nombres figuran con el de Desiderio García, en el mismo programa del acontecimiento de hoy y, además, para satisfacer un sentimiento muy personal al ver ligados los nombres de tres colegas queridos con quienes conviví de los mejores años de mi vida profesional, a quienes admiré por su capacidad, inteligencia y esfuerzo y a quienes agradecí siempre la amistad y compañerismo que me brindaron. Quiere felizmente el transcurso del tiempo de que a medida que pasan los años, la pena enorme que nos causó la muerte prematura de estos queridos amigos, se haya ido mitigando para reemplazarla por el recuerdo de todo lo bello, constructivo y noble que hubo en esas tres vidas ejemplares que siguen constituyendo para todos nosotros y especialmente para los agraciados con sus premios, un estímulo de carácter permanente.

Me es muy grato hacer entrega de los premios Desiderio García Ahumada, a los señores Ricardo Hinrichs Olivares, egresado de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, por su memoria "Viga de acero con losa colaborante" y Hugo Espinosa Daroch, egresado de la Escuela de Ingeniería de Química de la Universidad de Concepción, por su memoria "Fenol por Sulfonación".

Por considerar de méritos iguales a ambos trabajos, el premio fue dividido entre ellos. Les presento a nombre de la Compañía de Acero del Pacífico estos premios, con las felicitaciones de esa entidad a las que deseo agregar las mías personales. Si en su vida futura profesional se inspirasen en el ejemplo de los que dan los nombres a estos premios, contribuirían como aquéllos en forma sobresaliente, al progreso del país, y les darían a sus propias vidas el contenido integral de esfuerzo, nobleza y modestia que aquéllos les dieron a las suyas.

Discurso de don Ricardo Hinrichs

Señor Presidente del Instituto de Ingenieros de Chile, señor Director de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, señoras, señores:

Heme aquí frente a una dificultad: dominar la emoción que me embarga y traducir en palabras mis ideas y sentimientos.

Es éste un alto en camino, un mirador desde el cual se divisa hacia atrás una estela brumosa que destaca, como síntesis de una vida estudiantil, la obtención de un título universitario. Allí están: los padres llenos de abnegación y sacrificio, los profesores de las sabias enseñanzas, los compañeros buenos de largas jornadas. En mí, hay silencioso recogimiento y siento gratitud por lo inmerecido. La altura es tan grande, que acaso podría alterar el sentido, pero así no se podrían entrever los brillantes fulgores de una mañana, ni los matices amenazantes de un atardecer. Sólo conviene que el camino esté iluminado para continuar avanzando sin tropiezos, sin desmayos.

Señores, no voy a detenerlos con mi fantasía, sólo sé que debo pensar en las estrellas, cuando conozca el "planeta de la vida". Aquí estamos para rendir pleitesía a un símbolo; para reconocer cierto éxito en ideales de superación profesional, llevados adelante con el deseo de aportar algo, aunque muy modesto, en los campos de la Ingeniería. Rendimos un homenaje cálido a los distinguidos benefactores que instituyen premios de aliento para las duras jornadas de los jóvenes egresados.

Tanto Hugo Espinosa como yo, retirados en las tierras penquistas y saturados de amor al terruño, nos acercamos a la Compañía de Acero del Pacífico. Seremos felices si algún provecho se deriva de nuestros trabajos y si hemos logrado agregar un grano de arena al pedestal de su prestigio.

Quedamos comprometidos con la honrosa distinción de que somos objeto y prometemos guardarla como un galardón precioso para la vida entera.

Muchas gracias.